

Populismo y autoritarismo*

CARLOS DE LA TORRE

Este capítulo se centra en dos debates sobre la relación del populismo con el autoritarismo. El primero aborda al populismo como un tipo *sui generis* de autoritarismo relacionado con el fascismo pero diferente de este. Al comparar a Benito Mussolini con Juan Perón algunos académicos argumentaron que el nacional-populismo fue un tipo diferente de régimen autocrático debido a su base social, al papel de las elecciones como fuente de legitimidad y restringir la violencia a la retórica. Después de que políticos radicales de derecha ganaran elecciones nacionales en Estados Unidos, Brasil, Argentina, y del fortalecimiento de partidos como la Rassemblement National, Vox y otros, los debates sobre la relación del populismo con el fascismo regresaron con fuerza. ¿Cuál es la mejor manera de caracterizar a los políticos radicales de derecha? ¿Son populistas o fascistas?

El segundo debate se centra en cómo la lógica del populismo basada en la fabricación y la confrontación con enemigos existenciales y la polarización de la política y la sociedad en dos campos antagónicos conduce a la erosión democrática. Si hasta la última ola de democratización el populismo terminaba a menudo en golpes militares, con el nuevo consenso internacional en contra de las intervenciones militares el populismo en el poder socava lentamente las democracias desde dentro. ¿Cuáles son los umbrales entre una democracia en crisis, un régimen híbrido y un régimen autoritario? ¿Bajo cuáles condiciones los actores no populistas y las instituciones nacionales y supranacionales limitan los intentos populistas de lograr un cambio de régimen? ¿Por qué y cómo los populistas derrotan a sus enemigos y provocan un cambio de régimen? ¿Cuál es la mejor manera de caracterizar los regímenes en que los populistas lograron cambiar las constituciones y las reglas electorales para concentrar el poder en la presidencia y dificultar que la oposición gane elecciones? ¿Son formas disminuidas de democracia o regímenes autoritarios competitivos que mantienen elecciones en campos electorales desiguales?

FASCISMO Y POPULISMO

El estudio comparativo de estos ismos comenzó a mediados de la década de los cincuenta cuando, a diferencia de la mayoría de sus contemporáneos que veían a Perón como un fascista, el sociólogo Gino Germani (1956) analizó el peronismo como un nuevo ismo denominándolo nacional-populismo. Según Germani, el fascismo y el populismo tenían diferentes bases sociales: la clase media en descenso en Italia *versus* la nueva clase trabajadora formada por inmigrantes internos recientes en Argentina. Estos movimientos surgieron en sociedades en diferentes etapas de modernización. Mientras que Italia en las décadas de los

* La sección sobre fascismo se basa en dos de mis publicaciones anteriores, De la Torre, 2022, y De la Torre & Srisa-nga, 2022.

veinte y los treinta era una sociedad parcialmente modernizada y democratizada, Argentina en la década de los cuarenta se encontraba en las primeras etapas de industrialización, las mujeres estaban excluidas del voto y las élites utilizaban el fraude para permanecer en el poder. A diferencia del fascismo, que proporcionó un simulacro de satisfacción basado en el nacionalismo y el racismo, el nacional-populismo de Perón promovió la inclusión política de grupos anteriormente excluidos, redistribuyó la riqueza, y el reconocimiento cultural y simbólico de la clase trabajadora y de los pobres vistos como la auténtica nación (Germani, 1971, 1978).

Germani utilizó los enfoques sociológicos dominantes de la década de los cincuenta para argumentar que el cambio social abrupto produce masas en un estado de anomia que podrían ser manipuladas por líderes carismáticos. Los críticos cuestionaron su visión de los seguidores como masas irracionales y pasivas manipuladas por líderes carismáticos. La base de apoyo del fascismo no se redujo a la clase media, ni el peronismo a la nueva clase trabajadora. Sin embargo, Germani ubicó correctamente el populismo en la modernidad y la democracia (Arato & Cohen, 2022, pp. 26-27).

Ernesto Laclau (1977) interpretó el fascismo como un tipo de populismo de las clases dominantes. Siguiendo a Althusser, diferenció el modo de producción capitalista, en el que las clases sociales luchan por la apropiación de la plusvalía, de la formación social donde hay confrontaciones ideológicas, políticas y culturales. El populismo emerge en la formación social cuando las interpelaciones democrático-populares se vuelven antagónicas a la hegemonía del bloque en el poder. La articulación de las luchas democráticas populares y de clase podrían conducir a diferentes tipos de populismo dependiendo de su base social. 1) El fascismo es el populismo de las clases dominantes; 2) el peronismo es una forma de bonapartismo cuando la burguesía y el proletariado no son lo suficientemente fuertes para imponer su dominio hegemónico sobre su clase antagónica; 3) finalmente, el populismo socialista articula interpelaciones democráticas populares y obreras y, por tanto, es el más deseable para Laclau.

El historiador Federico Finchelstein (2014, 2017, 2020) argumentó que después de la derrota militar del Eje simpatizantes fascistas como Juan Perón en Argentina y Getulio Vargas en Brasil adaptaron el populismo a los tiempos democráticos. Utilizaron las elecciones como la única herramienta legítima para llegar al poder. A diferencia del uso fascista de la violencia interna y externa para eliminar enemigos y la creación de partidos políticos militarizados, los populistas limitaron la violencia al plano retórico. Por tanto, el populismo se entiende como un tipo híbrido de autoritarismo que incluía rasgos democráticos como las elecciones y el respeto selectivo de los derechos de asociación e información, con la transformación de un líder político en la encarnación del pueblo y el intérprete último de la voluntad popular. El populismo incluyó política, cultural y económicamente a sectores de la población anteriormente excluidos, pero con la condición de su lealtad incondicional a un líder. Los ataques a los derechos de información intentaron transformar a los medios y a los ciudadanos en seguidores acríticos, y las restricciones a los derechos de asociación intentaron regular los movimientos sociales y organizaciones de la sociedad civil.

El fascismo y el populismo son similares en la medida en que construyeron al pueblo como uno solo; entendieron el liderazgo como encarnación y concibieron la política como momentos extraordinarios de cambio social. Se diferencian porque hay consenso en que el fascismo ocurrió en un momento histórico particular, y lo que vino después fue el posfascismo. No existe tal acuerdo para restringir el populismo a un momento histórico. Estos ismos también

difieren en el uso de la violencia para dominar a la oposición y en cómo construyeron su legitimidad mediante elecciones o aboliendo la democracia.

CONSTRUYENDO AL PUEBLO

A diferencia de los liberales que suponen que la población de un estado-nación moderno es diversa, plural y con una variedad de intereses, ideologías e intereses de clase, los fascistas y populistas imaginan al pueblo como uno, como un conglomerado con una identidad e intereses. El pueblo del populismo y del fascismo excluye a aquellos marcados como el otro por su origen étnico, religión, cultura o por su posición en el tejido social. El pueblo del fascismo y del populismo no se enfrenta a rivales democráticos, sino a enemigos existenciales contruidos como una amenaza. Sin embargo, no todos los populistas y fascistas comparten la misma imagen del pueblo. Los fascistas y populistas de derecha utilizan la religión, la etnia y la raza para construir al pueblo con criterios étnico-culturales. Politizan las emociones de miedo al contagio que puedan manchar la pureza del pueblo. En nombre de la defensa de la familia, algunos luchan en contra del derecho de las mujeres a elegir sobre su maternidad y los derechos LGBTQ+. Los populistas de izquierda ven al pueblo como aquellos marginados del poder socioeconómico, político y cultural por las élites. A menudo apelan al resentimiento, la envidia y la rabia. Como se explicará más adelante, estos ismos difieren profundamente en el uso de la violencia en contra de los enemigos.

EL LIDERAZGO COMO ENCARNACIÓN

El líder populista o fascista no es un político común y corriente designado para representar a sus electores durante un periodo determinado. Estos líderes son contruidos y se ven a sí mismos como la encarnación del pueblo. Ellos son los que conocen el camino de la salvación y sus misiones no pueden verse limitadas por instituciones o constituciones. Debido a que el líder es como el pueblo, pero increíblemente superior a todos, y tiene la misión de llevarlo a la redención, él o ella son quienes nombran sus características. Cualquier rival o crítico puede ser tildado de enemigo del líder y del pueblo.

POLÍTICA DE LO EXTRAORDINARIO

Bajo el fascismo y el populismo la política se imagina y vive como una sucesión de momentos extraordinarios contruidos como diferentes de la política ordinaria, burocratizada y banal. Todas las esferas de la vida social y personal pueden politizarse como escenarios de la lucha entre dos campos antagónicos: el viejo régimen moribundo y la nueva política, sociedad y humanidad en ciernes. La política extraordinaria se escenifica en ceremonias y rituales que celebran al líder, al mismo tiempo que crean vínculos horizontales de solidaridad e identidad entre los participantes. Estas ceremonias construyen al pueblo en contra de un conjunto de enemigos internos y externos.

LA HISTORICIDAD DEL FASCISMO Y EL POPULISMO

A pesar de profundos desacuerdos, los estudiosos del fascismo coinciden en que ocurrió en un momento particular de la historia, el periodo de entreguerras del siglo XX, y que lo

que vino después fue posfascismo (Griffin, 2020; Traverso, 2019). El fascismo fue producto de una coyuntura única. En primer lugar, surgió después de que los horrores de la Primera Guerra Mundial banalizaran la muerte. Los fascistas elogiaron la guerra como “el momento supremo de la vida, exaltando la batalla como una realización del hombre y el triunfo de la fuerza, la velocidad y el coraje” (Traverso, 2003, p.94). En segundo lugar, la violencia fascista y el genocidio tuvieron su origen en la deshumanización racista y biológica del nativo colonizado no blanco como el otro inferior y primitivo. Bajo el disfraz de la ciencia, la moral y la filosofía de la historia los intelectuales del siglo XIX racionalizaron proyectos colonialistas racistas e imperialistas de genocidio a poblaciones consideradas inferiores (Traverso, 2003, pp. 47-75). En tercer lugar, muchos consideraban que la revolución bolchevique fue una gran amenaza y los fascistas se presentaban como la única fuerza capaz de detener al comunismo. Cuarto, el fascismo surgió durante una crisis de representación política y de apoyo popular a la democracia constitucional. La izquierda y la derecha vieron a la dictadura como la alternativa a la democracia. Los fascistas llegaron al poder en estados con regímenes debilitados y “parlamentos democráticos poco institucionalizados” (Mann, 2004, p.365).

Las teorías de la modernización y de la dependencia argumentaron que el populismo ocurrió en un momento histórico particular, la transición a la modernidad o a la fase de industrialización por sustitución de importaciones en América Latina. Sin embargo, y luego de la emergencia de populismos en otros contextos sociales y en sociedades con distintos niveles de modernización, la mayoría de los académicos no restringen el populismo a un periodo histórico. Los movimientos, partidos y líderes populistas han surgido en diferentes entornos socioeconómicos, geográficos, históricos e institucionales cuando los ciudadanos sintieron que las élites se habían apropiado de la soberanía popular. Los populistas han sido elegidos para gobernar en diferentes condiciones institucionales y en democracias con diferentes niveles de legitimidad (De la Torre & Srisa-nga, 2022).

LA VIOLENCIA Y LA CONSTRUCCIÓN DEL AMIGO Y ENEMIGO

Los populistas de derecha, al igual que los fascistas, utilizan la cultura, la religión y la etnicidad para construir al pueblo, aunque difieren profundamente en el uso de la violencia para enfrentarse a los enemigos externos e internos. Los fascistas crearon un nuevo tipo de partido, el partido de milicias fascista que “operaba en las luchas políticas con métodos bélicos y consideraba a los adversarios políticos como ‘enemigos internos’ que debían ser derrotados y destruidos” (Gentile, 2008, p.292). Los fascistas sostenían que era necesario eliminar a los enemigos internos y externos para limpiar al pueblo y a la nación de su contaminación. Michael Mann (2004, p.16) distingue la limpieza política, cuya violencia termina cuando los enemigos se rinden, de la limpieza étnica, que podría conducir al genocidio de enemigos étnicamente definidos como radicalmente diferentes e inasimilables.

La violencia populista fue diferente. Perón se describió a sí mismo como un “león herbívoro”, lo que significa que su violencia fue retórica (Finchelstein, 2020, p.100). Los populistas latinoamericanos golpearon, encarcelaron o exiliaron a sus enemigos, pero no usaron la violencia para limpiar a la nación.

Legitimación populista y fascista

Los fascistas creían que la representación electoral no podía expresar la soberanía popular y que “las elecciones distorsionaban la verdadera representación” (Finchelstein, 2020, p.82). Los fascistas “expresaron su ciudadanía directamente participando en ceremonias de consentimiento masivo” (Paxton, 2004, pp.78–79). Después de llegar al poder los fascistas se deshicieron de las elecciones, abolieron las libertades civiles, los medios de comunicación libres y utilizaron al estado para intentar tragarse a la sociedad civil.

Los populistas incorporaron el principio democrático de que la única forma de legitimidad radica en el voto, con la visión de la democracia como la participación en ceremonias, manifestaciones y otros rituales masivos que crean comunidad, pertenencia e identidad. Aunque las elecciones son la única herramienta legítima para llegar al poder, los populistas argumentan que, como son los únicos candidatos del pueblo, necesariamente ganarán las elecciones, a menos que estén amañadas. Estas interpretaciones populistas de la democracia están en tensión. Mientras que para que haya elecciones libres las libertades civiles, el pluralismo y el estado de derecho son condiciones necesarias, las reuniones y ceremonias masivas populistas crearon una sensación de solidaridad horizontal y de comunidad de seguidores al atacar a los enemigos. A menudo los populistas no respetaron el derecho del otro a tener opiniones diferentes, pero, a diferencia del fascismo, que eliminaba físicamente a los enemigos, mantuvieron su confrontación en el nivel de la violencia simbólica y discursiva. Si el voto es la fuente de legitimidad y si ellos y solo ellos son los avatares del pueblo, ¿bajo cuáles condiciones los populistas aceptarán perder una elección?

El ascenso de la derecha radical ha estimulado un debate sobre cómo etiquetar a estos líderes y partidos. Usar el término populismo para describir a la *Rassemblement National* o el *Movimiento Social Italiano* (MSI) podría absolver a estos partidos y a sus líderes de su pasado fascista, saneándolos y normalizándolos (Mammone, 2015). Sin embargo, estos líderes y sus movimientos no son fascistas porque el fascismo no puede reducirse a la personalidad de un líder. Trump, por ejemplo, no fue “llevado al poder por un movimiento fascista de masas, sino por su estrellato televisivo” (Traverso, 2019, p.21). El historiador Enzo Traverso utiliza el término “posfascismo” como “un régimen particular de historicidad —el comienzo del siglo XXI—” (p.7) para describir las continuidades y transformaciones de la nueva extrema derecha. El “posfascismo” surgió después del colapso del comunismo, la adopción del neoliberalismo y la globalización por parte de la socialdemocracia, la sumisión de lo político a lo financiero y la primacía de los estilos de comunicación sobre las ideologías. Se diferencia del fascismo en su aceptación del juego electoral, en su falta de una ideología fuerte que apunte a crear una nueva civilización y un “nuevo hombre”. La ideología posfascista se basa en la xenofobia contra poblaciones de orígenes poscoloniales: el antisemitismo se ha convertido en islamofobia, el nacionalismo se ha transformado en la defensa de las identidades nacionales y, en algunos casos, en la defensa de la familia burguesa en contra las “desviaciones sexuales” (Traverso, 2021, p.19).

El “posfascismo”, en suma, es una nueva forma de autoritarismo del siglo XXI. Al igual que los populistas, aceptan las elecciones como herramienta para llegar al poder. En lugar de intentar reemplazar la democracia como lo hicieron los fascistas, al igual que los populistas, la socavan desde adentro. Aunque, como se explicará en la siguiente sección, solo cuando todas las instituciones de la democracia están en crisis, logran un cambio de régimen. En otras circunstancias, las instituciones, los funcionarios estatales, los partidos de oposición

y el activismo ciudadano frenan sus intenciones de transformar una democracia en crisis en un régimen híbrido. Sin embargo, cuando están en el poder, los populistas y posfascistas contribuyen a deslegitimar aún más las democracias que ya tienen déficits de representación y participación.

LA LENTA MUERTE DE LA DEMOCRACIA

Existe consenso en que los populistas en el poder en sociedades parcialmente democratizadas erosionan la democracia. Después de revisar el nacional-populismo de Narendra Modi en India, Thaksin Shinawatra en Tailandia, Joko Widodo en Indonesia y Rodrigo Duterte en Filipinas, el politólogo Marcus Mietzner (2019, p.381) concluye que en Asia no ha habido ningún caso de populismo que mejore la calidad de la participación democrática, las libertades civiles y otros indicadores de la salud de la democracia. De manera similar, el sociólogo Dani Filc (2019) muestra cómo en Israel y Turquía el populismo en el poder condujo a procesos de erosión democrática y a exclusiones adicionales de las minorías étnicas y religiosas. Daniel Resnick (2019) argumenta que los populistas en Zambia y Sudáfrica incluyeron a los pobres y al mismo tiempo atacaron las instituciones democráticas y al pluralismo. Según el politólogo Ángel Rivero (2019, p.283), los populistas Lech Kaczynski en Polonia y Viktor Orbán en Hungría están imponiendo un llamado proyecto democrático en el que los controles y equilibrios liberales se debilitan en favor de un gobierno fuerte capaz de desarrollar plenamente lo que ellos llaman la soberanía nacional. El historial populista de democratización en América Latina en el siglo XXI fue, en el mejor de los casos, ambiguo. Mientras Bolsonaro atentó contra la legitimidad democrática, las administraciones populistas de izquierda de Hugo Chávez, Evo Morales y Rafael Correa utilizaron las rentas extraordinarias petroleras y de minerales para incluir a los excluidos cuando los precios estaban altos. Sin embargo, restringieron los derechos de organización y libre expresión de una larga lista de enemigos que a menudo incluían a la izquierda y organizaciones populares independientes.

Los politólogos diferencian dos rutas con las que los populistas han erosionado la democracia. La primera es que cuando los populistas cierran todos los canales institucionales democráticos a la oposición provocan que sus sectores más reaccionarios planeen golpes militares (Weyland, 2019). La historia de muchos países latinoamericanos entre 1930 y los años setenta osciló entre populistas en el poder y golpes militares. De manera similar, Thaksin y Yingluck Shinawatra fueron derrocados mediante golpes militares en Tailandia.

Después de que la comunidad internacional aceptara las elecciones como la única herramienta para nombrar y destituir presidentes, los golpes de estado se volvieron costosos (Bermeo, 2016). Actualmente los populistas podrían conducir procesos lentos de erosión democrática. Mientras que es fácil señalar un solo evento, la fecha y las acciones que llevaron a la muerte de la democracia con un golpe de estado, es más complicado señalar los umbrales cuando una democracia liberal en crisis se convierte en un régimen híbrido populista (democrático-autoritario), y cuando se vuelve competitivo autoritario. La ruptura democrática se reconoce porque un solo evento marca el fin de la democracia, hay una transferencia de poder de una autoridad electa a una no electa y hay cambios repentinos en las reglas de cómo ejercer el poder (Peruzzotti, 2022, p.154). La hibridación democrática se entiende como el “desmantelamiento gradual de características clave de la democracia liberal llevado a cabo por autoridades electas con el objetivo de establecer un régimen populista” (Peruzzotti, 2022, p.150). En estas condiciones no hay un hecho indiscutible que marque la ruptura institucional,

no hay desplazamiento de autoridades electas pues son los mismos actores que cambian las leyes, y hay un cambio gradual de las reglas de juego (p.153).

Después de que un populista gana una elección, se enfrenta con partidos y asociaciones no populistas de la sociedad civil e instituciones nacionales y supranacionales. Si los populistas prevalecen en estos conflictos transforman las democracias en crisis en regímenes híbridos populistas, lo que significa que tienen tanto características democráticas como autoritarias. Están en el campo democrático porque las elecciones se utilizan como el único mecanismo legítimo para llegar al poder. Para que se lleven a cabo elecciones libres el estado de derecho protege los derechos fundamentales a la información y la asociación o, al menos, exige que estos derechos no sean severamente restringidos. Los regímenes híbridos pertenecen simultáneamente al campo autoritario porque los rivales políticos son considerados enemigos existenciales; los populistas representan a un sector de la población que excluye a otros sectores por criterios étnicos o por su posición en la estructura social, y porque un líder es la única voz auténtica y autorizada del pueblo. La coexistencia de reglas democráticas formales y métodos autocráticos “crea una fuente inherente de inestabilidad” (Arato & Cohen, 2022, p.148). Los regímenes híbridos se democratizan o se vuelven completamente autoritarios.

A continuación se esbozan los diferentes momentos de los posibles enfrentamientos entre un populista en el poder *versus* el campo de los no populistas en el marco institucional de la democracia. Esta diferenciación no implica un argumento teleológico de que el populismo terminará inevitablemente en una autocracia electoral; más bien pretende ilustrar la indeterminación de las confrontaciones políticas entre dos campos de enemigos.

Los populistas ganan elecciones en democracias que se perciben dominadas por partidos que no representan los intereses de los ciudadanos, o en democracias que excluyen económica, política y culturalmente a sectores de la población. Los populistas utilizan estratégicamente la polarización para crear una nueva división: el campo populista *versus* el antipopulista. Su lucha se convierte en un juego de suma cero “en el que la legalidad institucional, el compromiso político y la moderación social cuentan poco o nada” (Pappas, 2019, p.213). Los populistas y sus enemigos “emplean la simplificación y la demonización, que a menudo conduce al establecimiento de una cultura política polarizada” (Stavrakakis et al., 2018, p.22). La polarización reduce todos los conflictos a la lucha entre el pueblo y el bloque de poder y obliga a los que no están comprometidos a tomar partido. Las identidades políticas se convierten en identidades sociales a medida que la política coloniza la mayoría de los aspectos de la vida, incluidas las relaciones personales y familiares. Como el proyecto de los populistas es transformar las instituciones para supuestamente devolver el poder al pueblo, entran en conflicto con el marco institucional de la democracia, los partidos tradicionales y la burocracia. Los populistas perciben que la legislatura, el sistema judicial, las instituciones que supervisan la rendición de cuentas horizontal, los medios privados, las ONG y los movimientos sociales están en manos de las élites.

El politólogo Julio Carrión (2022) utiliza el término “momento hobbesiano” para analizar las luchas entre los populistas en el poder *versus* el campo antipopulista en estas coyunturas críticas decisivas e inciertas. Las confrontaciones podrían llevar a cuatro resultados diferentes: 1) intentos de golpe exitosos o fallidos; 2) la resistencia de las instituciones supranacionales domesticar al populista; 3) la resistencia exitosa del campo antipopulista (partidos, movimientos sociales, burócratas que tienen lealtad a su posición y no a un político) permite

la supervivencia de una democracia deslegitimada, y 4) el campo populista gana y trae un cambio de régimen al cambiar la constitución y las reglas electorales.

La persistencia de la tentación de un golpe militar

La polarización podría inducir a que sectores de la oposición intenten un golpe militar para frenar al populista. Una acción arriesgada en una nueva constelación internacional que no favorece los golpes militares. Cuando los golpes fracasan, como en Venezuela en 2002 o Turquía en 2016, se dio una mayor radicalización de los líderes populistas y sus proyectos. Después del fallido intento de golpe de estado Hugo Chávez adoptó el “socialismo del siglo XXI” como un nuevo modelo de democracia directa y de desarrollo dirigido por el estado. La oposición intentó una huelga general para derrocar a Chávez. Posteriormente utilizaron las elecciones para reemplazarlo sin éxito. Tras la muerte de Chávez su sucesor Nicolás Maduro fue elegido presidente en 2013, pero perdió las elecciones al Congreso frente a la oposición en 2015. Posteriormente, Maduro gobernó por decreto, convocó a una nueva asamblea constitucional para quitarle el poder a la legislatura controlada por la oposición y utilizó métodos brutales de represión. Venezuela ya no es una democracia (López Maya, 2018).

Al igual que en Venezuela, en Turquía se utilizó un golpe de estado para tratar de deshacerse de un presidente polarizador y las consecuencias llevaron a una mayor erosión democrática. Este fue el primer intento de golpe que fue detenido por la movilización de los ciudadanos. Recep Tayyip Erdoğan, líder del Partido Justicia y Desarrollo (AKP), ganó las elecciones parlamentarias de 2002. Desde entonces el AKP siempre ha ganado en las urnas. Erdoğan entró en conflictos con dos poderosos actores con veto del *establishment* que querían preservar el legado del estado secular kemalista: el ejército y el poder judicial. Una coalición golpista fue formada por algunos militares seculares y la red islamista fundada por Fethullah Gülen que había insertado seguidores en el poder judicial. Tanques y aviones sembraron el miedo y aterrorizaron a los ciudadanos a mediados de julio de 2016 (Kanat, 2018, p.142). En lugar de unirse al golpe para deshacerse de Erdoğan, los partidos de oposición y los medios de comunicación rechazaron el golpe y apoyaron la democracia.

Decenas de miles se movilizaron contra el golpe. Al final de la noche, “240 opositores al golpe y 36 golpistas habrían sido asesinados y 2,195 opositores al golpe y 49 golpistas heridos” (Altinordu, 2019, p.8). La fuerza de la resistencia se explica por la fuerte organización del partido de Erdogan (Esen & Gumuscu, 2017, p.63). La *Diyanet* (Dirección) de Asuntos Religiosos movilizó a los creyentes. “La mayoría de los imanes siguieron esta orden y se subieron a los minaretes de sus mezquitas para recitar la oración repetidamente a través de altavoces, llamando a los ciudadanos a defender su país y su gobierno ‘por el amor de Dios y del Profeta’” (Esen & Gumuscu, 2017, p.65).

Después del golpe fallido, Erdoğan tomó medidas enérgicas contra los seguidores de Gülen, los kurdos, lo que quedaba de la izquierda y los ciudadanos laicos y liberales. El número de “enemigos e infiltrados” fue asombroso: “aproximadamente 125,000 militares, funcionarios públicos, jueces, fiscales, policías, profesores y académicos habían sido destituidos o suspendidos y 40,000 habían sido arrestados” (Altinordu, 2019, p.33). Un estado de emergencia permitió a Erdoğan gobernar por decreto. En 2017 se celebró un referéndum constitucional bajo el estado de emergencia. El parlamentarismo de Turquía se transformó en un sistema presidencial todopoderoso y “al surgimiento de facto y de jure de un régimen autoritario competitivo” (Baykan, 2018, p.253).

Instituciones supranacionales

Un segundo resultado posible es que las instituciones supranacionales frenen a los populistas. Un buen ejemplo fue el enfrentamiento entre Syriza y la “Troika” en Grecia. La Coalición de la Izquierda Radical–Alianza Progresista ganó las elecciones de 2015 prometiendo romper con las políticas de austeridad y enfrentarse a los acreedores extranjeros. En julio de 2015 Alex Tsipras capituló ante la Troika —integrada por el Banco Central Europeo (BCE), el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Consejo de Europa— incluso después de ganar un referéndum contra las políticas de austeridad. Sus promesas populistas radicales se evaporaron y Syriza se convirtió en un partido del *establishment*.

El campo populista es temporalmente derrotado

Un tercer resultado se da cuando los partidos no populistas, movimientos sociales y otras organizaciones de la sociedad civil, funcionarios estatales que se ven a sí mismos como servidores de los intereses del estado y no de un político, resisten y, en última instancia, eclipsan las propuestas populistas de cambio de régimen. Donald Trump, Jair Bolsonaro y Cristina Kirchner enfrentaron la resistencia del poder judicial, el legislativo, los funcionarios estatales y la ciudadanía movilizada. Miles de personas se movilaron contra lo que percibieron como políticas y prácticas autoritarias de Cristina Kirchner. Los intentos de modificar la constitución para permitir reelecciones permanentes encontraron resistencia por parte de la sociedad civil y un tribunal constitucional independiente. Las instituciones democráticas relativamente más fuertes y la compleja sociedad civil de Argentina fueron impedimentos para el establecimiento de un régimen populista en Argentina (Gervasoni & Peruzzotti, 2015).

Trump se vio limitado por instituciones más fuertes y un sistema de controles y equilibrios. La polarización “del sistema bipartidista limita el apoyo popular a Trump y garantiza una oposición intensa” (Weyland, 2020, p.399). Sus políticas, estilo y retórica dinamizaron al Partido Demócrata y generaron una coalición de todos aquellos que estaban hartos de él. Después de perder las elecciones de 2020 no pudo obtener apoyo institucional para sus afirmaciones de que las elecciones estaban amañadas. Pidió a sus seguidores que detuvieran el fraude para salvar la democracia. El 6 de enero de 2021 miles de personas acudieron al Ellipse Park, muchos pertenecían a grupos posfascistas y más de dos mil invadieron el Congreso. La democracia estadounidense sobrevivió, pero la polarización se profundizó y sus leales seguidores perdieron la confianza en las elecciones y en las instituciones que garantizaban su equidad. Trump se postula para un segundo mandato prometiendo fortalecer el poder ejecutivo y “reformular las burocracias federales” (<https://www.donaldjtrump.com/>).

Jair Bolsonaro, que se autodenominaba el Trump de los trópicos, puso a prueba “el tejido de la democracia brasileña” (Hunter & Power, 2023, p.137), pero al final prevaleció la democracia y los militares no dieron un golpe de estado. Chocó con el Congreso, la Corte Suprema Federal y la Junta Electoral. A pesar del mal manejo de la epidemia de covid-19 y del pobre desempeño de la economía, el “bolsonarismo” como movimiento de derecha sobrevivió. Sigue atrayendo a quienes visceralmente desprecian al Partido de los Trabajadores por su corrupción y sus políticas sobre la familia, el género y la sexualidad. Los brasileños que se oponían al empoderamiento de los no blancos (Porto, 2023), los grupos religiosos de pentecostales, evangélicos y católicos de derecha continuaron apoyando a Bolsonaro

a favor de la familia nuclear patriarcal y la agenda anti LGBTIQ+. El máximo tribunal electoral de Brasil prohibió a Bolsonaro postularse para un cargo durante ocho años después de su fallido intento de golpe de estado.

Estos ejemplos ilustran que los populistas no siempre prevalecen en su confrontación con el *establishment* o el campo no populista. No siempre provocan un cambio de régimen, sino más bien una mayor deslegitimación de las democracias que enfrentan crisis de representación, participación y legitimidad.

Regímenes híbridos populistas

Un cuarto resultado fue el establecimiento de regímenes híbridos populistas en Venezuela bajo Chávez, la Hungría de Orbán, Turquía con Erdoğan y el Ecuador bajo Correa. Estos líderes derrotaron a la oposición, la cual se desmoralizó y propició un cambio gradual de régimen que resultó en una presidencia inflada. Siguiendo el análisis de Nancy Bermeo (2016, p.10), el engrandecimiento del ejecutivo “se produce cuando los ejecutivos electos debilitan uno por uno los controles al poder ejecutivo, emprendiendo una serie de cambios institucionales que obstaculizan el poder de las fuerzas de oposición para desafiar las preferencias del ejecutivo”. Estos líderes siguieron hojas de ruta similares:

- “Los ejecutivos populistas abandonaron la norma de la tolerancia mutua al convertir el gobierno en un juego unilateral en el que el ganador se lleva todo” (Arato & Cohen, 2022, p.125).
- Capturaron a los árbitros como el sistema judicial, las fuerzas del orden, las agencias de inteligencia, las autoridades fiscales, las agencias reguladoras y las instituciones encargadas de la rendición de cuentas horizontal.
- Cambiaron las reglas del juego reformando la constitución y alterando las reglas electorales.
- Fabricaron o se aprovecharon de crisis para concentrar el poder en la presidencia y reprimir a la oposición.
- Usaron la ley instrumentalmente para tratar de silenciar a los críticos multando a los periódicos o demandando judicialmente a los periodistas.
- Regularon las actividades de organizaciones de la sociedad civil como las ONG. En algunos casos, debilitaron a los movimientos sociales independientes al crear organizaciones alternativas desde el poder (Levitsky & Ziblatt, 2018, p.78-96).

Según Kurt Weyland, para transformar una democracia en crisis en un régimen híbrido populista fue necesario que coincidieran la debilidad institucional y estímulos externos como una crisis aguda, pero en condiciones que permiten una salida, como sucede en “un país bendecido por enormes ganancias inesperadas de rentas de hidrocarburos o minerales” (Weyland, 2020, p.390). Por debilidad institucional Weyland se refiere a marcos que facilitaron sus transformaciones mediante la alteración de reglas electorales o constituciones que podrían modificarse fácilmente. Las reglas electorales que permitían mayorías desproporcionadas a un ganador dieron a Viktor Orbán una oportunidad en 2010. Un año después sus seguidores aprobaron una nueva constitución que aumentaba los poderes del primer ministro y debilitaba las salvaguardias liberales en Hungría. El fallido golpe en Turquía dio a Erdoğan la oportunidad de cambiar el sistema político del parlamentarismo al presiden-

cialismo. Otra manifestación de debilidad institucional es cuando las violaciones de las reglas institucionales son comunes y no conllevan sanciones. Chávez y Correa ignoraron la legislación existente sobre cómo modificar las constituciones de sus naciones. Después de redactar nuevas constituciones y aprobarlas en referendos las Asambleas Constituyentes crearon consejos transitorios que permitieron a estos líderes colocar autoridades electorales, jueces y funcionarios confiables a cargo de las instituciones de rendición de cuentas (Hawkins, 2016; De la Torre & Ortiz, 2016).

Oportunidades externas, como crisis graves pero manejables o ganancias inesperadas de productos minerales, permitieron a estos líderes aumentar aún más el poder del ejecutivo. Orbán y Erdoğan afrontaron con éxito profundas crisis económicas (Weyland, 2020, p.397). Venezuela y Ecuador eran ricos en hidrocarburos y obtuvieron enormes beneficios del incremento de los precios de las materias primas en la primera década del 2000, que catapultó los precios del petróleo y el gas natural a niveles récord.

Se reconoce a un régimen híbrido populista cuando las elecciones no son libres ni plenamente competitivas; los derechos de expresión y asociación se restringen sistemáticamente, y el estado de derecho se utiliza para servir los intereses del gobernante (Arato & Cohen, 2022, p.136).

Estos regímenes se democratizan o se vuelven completamente autoritarios.

AUTORITARISMO COMPETITIVO

Los regímenes híbridos podrían volverse autoritarios competitivos cuando los gobernantes controlan las instituciones de rendición de cuentas horizontal y vertical, transformando el significado de elecciones que dejan de ser mecanismos de rendición de cuentas y se convierten en un mecanismo de legitimación del “engrandecimiento extraordinario del poder ejecutivo” (Carrión, 2022, p.180). Los regímenes autoritarios competitivos no cumplen con las credenciales democráticas mínimas y son formas de autocracia electoral en las que “las instituciones democráticas formales existen y son significativas, pero los gobernantes abusan y distorsionan el campo de juego hasta tal punto que la capacidad de la oposición para competir se ve seriamente comprometida” (Levitsky & Loxton, 2019, p.336).

A pesar de las dificultades para derrotar electoralmente al régimen la oposición se esfuerza mucho, aunque a menudo fracasa, como en Hungría en 2022 o Turquía en 2023 (Scheppelle, 2022; Esen & Gumuscu, 2023). Parecería que en Hungría y Turquía, al igual que en Venezuela, es muy difícil que los gobernantes pierdan elecciones.

CONCLUSIONES

Este capítulo revisó los debates sobre populismo y fascismo que argumentan que el populismo es un tipo *sui generis* de autoritarismo. Su lógica se basa en la transformación de rivales democráticos en enemigos existenciales, la polarización de la sociedad en dos campos antagónicos, la imagen de un pueblo unitario encarnado en un líder y en una dinámica *pars pro toto* que afirma que solo un sector de la población es el pueblo auténtico. A diferencia de los fascistas, los populistas limitan la violencia al nivel simbólico y utilizan las elecciones como la única vía para llegar legítimamente al poder. Aceptan la indeterminación de la democracia y el hecho de que los políticos solo pueden ocupar el poder temporalmente. Al mismo tiempo, estos líderes sienten que su misión de redimir al pueblo y no puede verse limitada

por leyes y constituciones creadas para preservar el poder de las élites. Tienen la tentación de permanecer en el poder hasta cumplir su misión redentora, y muchas veces cambiaron las reglas democráticas del juego para intentar buscar su reelección permanente. De ahí que los populistas se sientan atraídos a abolir la incertidumbre de los resultados democráticos. Cuando los resultados electorales no importan se vuelven completamente autoritarios.

La bibliografía analizada en este capítulo ilustra la importancia de analizar el populismo en el poder como una interacción entre dos campos que se consideran enemigos y la indeterminación de los resultados de estas confrontaciones. Después de llegar al poder durante lo que Carrión (2022) llamó el momento hobbesiano, su lucha podría terminar en una derrota populista a través de mecanismos constitucionales o por un golpe de estado, su domesticación por parte de instituciones nacionales o supranacionales, o en una victoria que les permitiría transformar gradualmente la democracia en crisis en un régimen híbrido populista. Los actores operan bajo marcos institucionales que podrían facilitar o dificultar el cambio de régimen. Como demuestra Weyland (2020), solo cuando la debilidad institucional se sumó a externalidades como una bonanza de recursos minerales o la capacidad populista para resolver una crisis económica o de seguridad importante, pudieron provocar un cambio de régimen.

El populismo no siempre conduce al fin de la democracia. La comunidad internacional se opone a las intervenciones militares y hace difícil, pero no imposible, provocar un cambio de régimen mediante un golpe de estado. La erosión democrática incremental parece ser el resultado más probable de la polarización populista y la confrontación entre dos campos de enemigos. Por tanto, es importante analizar las dinámicas y los umbrales que convierten a una democracia en crisis en un régimen híbrido o autocrático. Cuando los populistas en el poder derrotan al campo antipopulista o no populista, una democracia en crisis se transforma lentamente en un régimen híbrido. La representación en estos regímenes se logra mediante la identificación con un líder y por aclamación plebiscitaria (Rosanvallon, 2020). Un régimen híbrido populista podría volverse autoritario competitivo cuando las elecciones se llevan a cabo en condiciones desfavorables y los medios de comunicación, las organizaciones de la sociedad civil y las universidades están bajo el control del presidente. Bajo estos regímenes, la oposición continúa intentando unificarse y utilizar las elecciones para deshacerse de los populistas; su único acuerdo podría ser la urgencia de deshacerse del populista en el poder. Sin embargo, cuando las elecciones no importan, como cuando Maduro convocó a una asamblea constituyente en 2017 para disminuir el poder de la legislatura que estaba en manos de la oposición desde 2015, Venezuela se convirtió en una autocracia total.

Etiquetar a la nueva extrema derecha nacionalista como populista tiene el peligro de borrar su pasado fascista y de normalizar a partidos y líderes extremistas. Sin embargo, tampoco son fascistas porque el fascismo se entiende mejor como producto de una constelación histórica particular del periodo de entreguerras del siglo XX. Las nociones de posfascismo de Traverso (2019, p.6) no ignoran el “útero fascista del que surgieron” y muestran la mezcla inestable de ideologías de movimientos y partidos de principios del nuevo siglo que utilizan un estilo y una actuación populistas. Cuando los populistas de izquierda o los populistas de derecha, a veces posfascistas, llegan al poder, sus enfrentamientos con lo que llaman el grupo de poder provocan lo que Bermeo (2016, p.15) llama una “ambigüedad irritante”. “Formas de retroceso democrático que se legitiman a través de las mismas instituciones que los promotores de

la democracia han priorizado: elecciones nacionales, mayorías en las legislaturas y en las cortes, y el estado de derecho que producen las mayorías”.

No existe un *telos* que inevitablemente resulte en la resiliencia democrática o en la autocracia. La polarización y las luchas entre bandos antagónicos podrían dar lugar a diferentes tipos de regímenes híbridos que operen en las zonas grises entre la autocracia y la democracia. Los líderes podrían tratar de engrandecer al ejecutivo, cambiar las reglas electorales y al personal administrativo para inclinar las canchas electorales, utilizar el sistema legal para atacar a los críticos e incluso cambiar el significado de las elecciones de un mecanismo de rendición de cuentas vertical a un referéndum sobre un líder.

REFERENCIAS

- Altınordu, A. (2019). A Midsummer Night's Coup: Performance and Power in Turkey's 15 July Coup Attempt. En Feride Çiçekoğlu y Ömer Turan (Eds.), *The Dubious Case of a Failed Coup: Militarism, Masculinities, and 15 July in Turkey* (pp. 7-41). Palgrave.
- Arato, A. & Cohen, J. L. (2022). *Populism and Civil Society. The Challenges to Constitutional Democracy*. Oxford.
- Baykan, T. (2018). *The Justice and Development Party in Turkey. Populism, Personalism, Organization*. Cambridge University Press.
- Bermeo, N. (2016). On Democratic Backsliding. *Journal of Democracy*, 27(1), 5-19.
- Carrión, J. (2022). *A Dynamic Theory of Populism in Power. The Andes in Comparative Perspective*. Oxford University Press.
- De la Torre, C. (2022). Fascism and Populism. En Michael Oswald (Ed.), *The Palgrave Handbook of Populism* (pp. 166-177). Palgrave-Macmillan.
- De la Torre, C. & Srisa-nga, T. (2022). *Global Populisms*. Routledge Press.
- De la Torre, C. & Ortiz, A. (2016). Populist Polarization and the Slow Death of Democracy in Ecuador. *Democratization* 23 (2), 221-241.
- Esen, B. & Gumuscu, S. (2017) Turkey: How the Coup Failed. *Journal of Democracy* 28(1), 59-73.
- Esen, B. & Gumuscu, S. (2023). How Erdoğan's Populism Won Again. *Journal of Democracy* 34(3), 21-32. doi:10.1353/jod.2023.a900430
- Filc, D. (2019). Populism in the Middle East. En C. De la Torre (Ed.), *The Routledge Handbook of Global Populism* (pp. 385-401). Routledge.
- Finchelstein, F. (2017). *From Fascism to Populism in History*. University of California Press.
- Finchelstein, F. (2014). *The Ideological Origins of the Civil War. Fascism, Populism, Dictatorship in Twentieth Century Argentina*. Oxford University Press.
- Finchelstein, F. (2020). *A Brief History of Fascist Lies*. California University Press.
- Gentile, E. (2006). *Politics as Religion*. Princeton University Press.
- Germani, G. (1956). La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo. En *Política y sociedad en una época de transición*, Paidós.
- Germani, G. (1978). *Authoritarianism, Fascism, and National Populism*. Transaction Press.
- Gervasoni, C. & Peruzzotti, E. (Eds). (2015). *Década ganada. Evaluando el legado del kichnerismo*. Penguin Random House.
- Griffin, R. (2020). *Fascism: A Quick Immersion*. Tibidabo Publishing.
- Hawkins, K. (2016). Responding to Radical Populism: Chavism in Venezuela. *Democratization*, 23(2), 242-262.

- Hunter, W. & Power, T. (2023). Lula's Second Act. *Journal of Democracy* 34(1), 126-140.
- Kanat, K. (2018). Understanding the July 15th Failed Coup. En M. Hakan Yavuz, & Bayram Balçı (Eds.), *Turkey's July 15th Coup: What Happened and Why* (pp. 130-150). University of Utah Press.
- Laclau, E. (1977). *Politics and Ideology in Marxist Theory*. Verso.
- Levitsky, S. & Loxton, J. (2019). Populism and competitive authoritarianism in Latin America. En C. De la Torre (Ed.), *The Routledge Handbook of Global Populism* (pp. 334-351). Routledge.
- Levitsky, S. & Ziblatt, D. (2018). *How Democracies Die*. Crown Publishing.
- Mann, M. (2004). *Fascists*. Cambridge University Press.
- Mammone, A. (2015). *Transnational Neofascism in France and Italy*. Cambridge University Press.
- Mietzner, M. (2019). Movement Leaders, Oligarchs, Technocrats and Autocratic Mavericks: Populists in Contemporary Asia. En C. De la Torre (Ed.), *The Routledge Handbook of Global* (pp. 370-384). Routledge.
- Pappas, T. (2019). *Populism and Liberal Democracy a Comparative and Theoretical Analysis*. Oxford Press.
- Paxton, R. (2005). *The Anatomy of Fascism*. Vintage Books.
- Peruzzotti, E. (2022). Contrasting Modern and Contemporary Populist Regimes: From Democratization to Democratic Hybridization. *Populism* 5(2): 141-157.
- Resnick, D. (2019). "The Influence of Populist Leaders on African Democracy." En C. De la Torre (Ed.), *The Routledge Handbook of Global Populism* (pp. 267-281). Routledge.
- Rivero, Á. (2019). Populism and Democracy in Europe. En C. De la Torre (Ed.), *The Routledge Handbook of Global Populism* (pp. 282-294). Routledge.
- Rosanvallon, P. (2020). *El siglo del populismo*. Manantial.
- Scheppele, K. (2022). How Viktor Orbán Wins. *Journal of Democracy*, 33(3), 45-61.
- Stavrakakis, Y., Katsambekis, G., Kioupiolis, A., Nikisianis, N., & Thomas S. (2018). Populism, Anti-Populism and Crisis. *Contemporary Political Theory* 17(1), 4-27.
- Traverso, E. (2003). *The Origins of Nazi Violence*. The New Press.
- Traverso, E. (2019). *The New Faces of Fascism. Populism and the Far Right*. Verso.
- Traverso, E. (2021). *Las nuevas caras de la derecha*. Siglo XXI.
- Weyland, K. (2019). Populist authoritarianism. En C. de la Torre (Ed.), *The Routledge Handbook of Global Populism* (pp. 319-334). Routledge.
- Weyland, K. (2020). Populism's Threat to Democracy: Comparative Lessons for the United States. *Perspectives on Politics* 18(2): 389-406.